

» Femicidio: La violencia que no ves

*El patriarcado es el juez
que nos juzga por nacer
y nuestro castigo
es la violencia que no ves.*

*El femicidio
impunidad para mi asesino
es la desaparición
es la violación.*

*Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni lo que vestía.
Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni lo que vestía.*

El violador eras vos / el violador sos vos.

*Son los tiras (policías)
los jueces
el Estado
el presidente.*

El Estado opresor es un macho violador / el Estado opresor es un macho violador.

*El violador sos vos / el violador sos vos.
Dormí, niña inocente
sin preocuparte por el bandido
que a tus sueños, dulce y sonriente,
asista tu amante bandido.*

Colectivo Las Tesis, *Un violador en tu camino*, 2019

Lo que es silenciado y se dirige a los subterráneos, del psiquismo o de la sociedad, enferma.

Decanemos el himno feminista, nacido en Chile y cantado por mujeres del mundo entero con los puños cerrados como instrumento de lucha.

La experiencia de la pandemia, al contrario de lo que algunos imaginaban, exasperó los comportamientos violentos en las relaciones y en los ambientes en los que ya estaban presentes. América Latina convive con un grave escenario de violencia contra la mujer, tan significativo que se tipificaron

jurídicamente crímenes cotidianos: acoso sexual, acoso laboral, violación, violencia doméstica y femicidio.

Pero no es un problema circunscripto solo a nuestro continente, se trata de una realidad global. Con el desempleo y la convivencia estrecha en el aislamiento social, se ha visto aumentar la violencia insidiosamente y el drama ha cobrado contornos de banalidad.

Los movimientos feministas han sido responsables no solo de la agenda de reivindicaciones de derechos, sino también de la exigencia de acciones que combatan las trágicas estadísticas de violencia de género. Inciden en la triple jornada de trabajo, pasan por las espantosas diferencias de salarios y culminan en la violencia física y psicológica¹.

El psicoanálisis sin duda trae nuevos vértices para estas historias, pues salen del anonimato y del silencio, y se hacen palabras, narrativas en el campo del sufrimiento psíquico singular, retirando de las sombras lo que se consiguió callar y legitimando el dolor profundo de las víctimas. Construido en el encuentro analista-analizante, e inscripto en el inconsciente de ambos, instala –en la intimidad de la relación– el movimiento de dar voz a los sentimientos y a las experiencias reprimidas, aquellas que, para sustentar el deseo del otro, apagan el deseo del sujeto.

La salida del silencio y de la angustia paralizante muchas veces ocurre cuando rompen con la soledad y con el apartamiento de sus lazos sociales, y se dirigen a la dimensión de luchas compartidas, denunciadas. En tiempos de Covid-19, esta estrategia de supervivencia también fue atacada, y no son raras las noticias de mujeres muertas por no haber podido recurrir a sus redes de apoyo. Otro dato relevante es el hecho de que la situación económica determine la negación de la violencia para dar de comer a sus hijos. Las sucesivas experiencias de crueldad traen consigo el trauma, la culpa, el odio a sí misma, las dudas sobre sus identificaciones, el terror, *lo infantil* y un profundo, enfermizo e irreconciliable desamparo.

Desde la Grecia antigua, escritores y poetas trágicos narran los destinos de mujeres cuyas vidas fueron precozmente interrumpidas.

Actualmente, las formas dramáticas del femicidio están estampadas en los diarios y demás medios; parten de la violencia del hombre contra la mujer, sobre todo cuando la mujer demuestra *poder* respecto de su deseo y de su cuerpo, y dice “¡No!” al hombre, decidiendo sobre su propia vida, cuando sus cuerpos y sus deseos apuntan hacia otras direcciones, sin aceptar más la sumisión o la sujeción al otro.

Para algunas mujeres, reivindicar la subjetividad puede significar ir al extremo, el suicidio; como dice Grada Kilomba (2019), un “acto de volverse sujeto” (p. 189). Aquí, Kilomba nos cuenta la historia de Margareth Garner, que intenta suicidarse y matar a sus hijos al ser capturada por el señor blanco esclavista. En su momento, Garner declaró: “Yo soy un ser humano”.

La anulación del otro como sujeto es lo que permite la violencia contra ese otro. La cultura patriarcal y machista, que nunca salió de escena, está más intensa y furiosa, motivada por la fragilidad narcisista en la construcción imaginaria de un falo omnipotente.

Con todo, han surgido con fuerza movimientos de resistencia por toda América Latina. Diversos colectivos han unido cuerpos y voces femeninas por las calles, en instituciones capaces de divulgar informaciones importantes sobre los derechos de la mujer y denunciar la violencia sufrida por ellas. En México, por ejemplo, existe un colectivo de arte, Hilos, que tiene como directriz el repudio a la violencia y principalmente trabajos ligados al femicidio, cuyas fotos ilustran nuestra sección. Uno de estos trabajos de sello colectivo, *Sangre de mi sangre*, es una red roja, tejida con la participación de más de cien mujeres y expuesta en manifestaciones y protestas, tejiéndose continuamente.

Colette Soler (2016) escribe sobre *lo que hace lazo* en formato de pregunta, y no en vano, porque, como dice:

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

1. Datos del Portal Patrícia Galvão: <https://dossies.agenciapatriciagalvao.org.br/violencia/sobre-as-violencias-contra-a-mulher/>, consultado el 21 de junio de 2021.

la experiencia principal en nuestra sociedad es el desenlace, o la amenaza de desenlace. El desenlace se experimenta en el trabajo, en la estructura familiar y en las relaciones llamadas amorosas. [...] hoy, más que nunca, no se debe contar con ninguna promesa de permanencia. [...] sobre el amor, se sabe, desde siempre, que no hay ninguna garantía. (p. 7)

Son cuestiones íntimas y sociales presentes en nuestra cultura, que encuentran en el consultorio analítico nombres, caras y testimonios, conscientes e inconscientes, cuya repetición mortífera se remonta a la Antigüedad. Hay un deseo de que el malestar esté allá afuera, distante de nosotros, en casa de otros. Hay una idea, aún presente entre los psicoanalistas, de que estos asuntos son objeto de la sociología, de la antropología, y de que nosotros tenemos poco que decir sobre eso. **Vórtice** trae el *femicidio* al debate psicoanalítico y cuenta con la valiosa contribución de autoras y colegas, en una sección especial construida por mujeres.

↓
Foto de
Alvaro
Argüelles

Regina Esteves. Aunque el tema provoque dolor e inquietud, trae lucidez a la temática del femicidio.

Regina contrasta la delicadeza de su escritura con la brutalidad de sus historias: la forma en que la narrativa se articula con la clínica. El caso de desenlace traumático con que inicia y cierra su texto nos conduce a la cruel realidad actual. La autora revisita las historias de Apolonia e Hipatia, que tuvieron lugar en la Alejandría de los siglos III y V, respectivamente, para buscar los orígenes de la misoginia y la opresión machista y autoritaria sufridas por mujeres. Historias antiguas y recientes se entrecruzan en este texto-testimonio para revelar la imposibilidad de las mujeres de romper con la condición de violencia perpetrada en nuestra sociedad y de afirmarse como sujetos de su propia vida.

Rocío Franco y Elizabeth Haworth. Frente a la cuestión del femicidio, las autoras proponen algunas ideas que se ubican en una zona de intersección de diferentes perspectivas: sociológicas, criminalistas, jurídicas, teniendo como eje orientador la

cuestión sobre lo que el psicoanálisis puede decir respecto del femicidio. Localizan sus abordajes tomando en consideración algunos aspectos de los constructos de género y la problemática de la masculinidad, cuestionando el sistema del patriarcado como un campo simbólico que forma parte de la cultura.

Sandra Gonzaga e Silva. Para tratar el tema del *femicidio*, Sandra recuerda la trágica muerte de Ângela Diniz y su desarrollo, que movilizaron el Brasil de los años setenta, dando origen a un gran movimiento de mujeres feministas. La autora llama la atención sobre los avances y los retrocesos de una sociedad que hace siglos mantiene el cuerpo de la mujer como territorio de dominio y disputa, y que mata por machismo, celos y posesividad. Cuestiona la perspectiva falocéntrica de los desarrollos freudianos y sus implicancias para la escucha psicoanalítica: interroga cómo los psicoanalistas escuchan a las mujeres y los abusos de que son víctimas, afirmando el deber ético del psicoanálisis, más allá del diván, de reaccionar a todo tipo de violencia y discriminación contra las mujeres.

Dalia Guzik y Cristina Oñate. Las autoras parten del hecho de que, aunque el femicidio venga ocurriendo desde el comienzo de la historia, su creciente presencia hizo necesario registrarlo en el marco legal.

¿De qué manera las cuestiones sociales y políticas atraviesan y se insertan en nuestra práctica clínica? Esta es la pregunta con la que nos convocan a una reflexión crítica sobre la violencia de género y el femicidio. Guzik y Oñate buscan dar voz al silencio, a los cientos de miles de mujeres víctimas de crímenes impunes. El texto contribuye a una reflexión sobre los elementos de subjetividad femenina y masculina que dificultan un cambio radical para reducir la incidencia de esta pandemia. Se trata del testimonio de que trabajar en proximidad a las cuestiones de violencia de género puede transformar la escucha analítica y el conocimiento de aspectos silenciados en la dupla analítica.

Ludmila Frateschi. El texto de Ludmila Frateschi invita al lector psicoanalista

a una reflexión sobre la escucha clínica digna de mucha atención. Ella nos propone pensar sobre la singularidad de la experiencia de ambos participantes de la dupla analítica, a partir del relato clínico de una analizante que se sentía amenazada con el asesinato de Marielle Franco por estar identificada con ella en su condición de mujer y negra. Ludmila nos ofrece un tejido de ideas surgidas de su experiencia como analista y mujer, tomando en cuenta la función analítica del testimonio, al mismo tiempo en que la analista vive la singularidad de su propia experiencia en contacto con la analizante. Los mundos superpuestos, los movimientos de la clínica, la escucha, el malestar individual y el malestar colectivo están claramente entrelazados.

Laura Ward da Rosa. Laura aborda el femicidio a partir de la perspectiva de las pasiones. Ella nos presenta locuras pasionales y otros problemas, por ejemplo, aquellos relacionados a la paranoia que pueden formar parte de los lazos de pareja en los que la degradación del vínculo se inicia bajo la ilusión del amor y termina en asesinato. La relación que establece entre las ideas lacanianas sobre goce y exceso, así como las nociones sobre el femicidio y la relación del papel de la mujer en la historia y en la literatura, nos parecen muy acertadas. A partir de un caso clínico, la autora aborda también la cuestión transgeneracional, tomando referencias literarias como contribuciones a su trabajo psicoanalítico. El texto señala la forma alarmante en la que el confinamiento impuesto por la pandemia ha aumentado la violencia contra las mujeres y la cantidad de femicidios.

REFERENCIAS

- Kilomba, G. (2019). *Memórias da plantaço: Episódios de racismo cotidiano*. Rio de Janeiro: Cobogó.
Soler, C. (2016). *O que faz laço?* San Pablo: Escuta.

